

LEONOR. (Con alegría.)—¡Fiesco! ¡Dejemos caer en el polvo estas brillantes vanidades, y vivamos sólo en los campos románticos del amor. (Oprimiéndolo extasiada contra su seno.) Nuestras almas, tan serenas como el claro azul del cielo, no serán ya turbadas por el negro vapor de la pena. Nuestra vida correrá melodiosa, como la fuente de la armonía corre hacia el Creador. (Se oye un cañonazo. Fiesco se separa de ella. Todos los conjurados entran en la sala.)

ESCENA XV.

LOS CONJURADOS y LOS MISMOS.

LOS CONJURADOS.—¡Llegó el momento!

FIESCO. (A Leonor con energía.)—¡Adiós!... para siempre... ó Génova yacerá mañana á tus pies. (Intenta salir.)

BORGONINO. (Gritando.)—¡La Condesa se desmaya! (Todos se apresuran á socorrer á Leonor desmayada, Fiesco se arroja á sus pies.)

FIESCO. (Con acento desgarrador.)—¡Leonor! ¡Socorredla, por Dios! (Rosa y Arabela acuden á sostenerla.) Abre los ojos. (Fiesco se levanta.) Ahora, ¡venid!... á cerrar los de Doria. Todos los conjurados se van precipitadamente, y cae el telón.)

ACTO V.

Después de la media noche.—La calle principal de Génova.—Por aquí y por allí luces delante de las casas, que se apagan poco á poco.—En el fondo del teatro se ve la puerta de Santo Tomás, todavía cerrada, y á lo lejos, la mar.—Pasan algunos hombres con linternas, y después rondas y patrullas.—Todo está tranquilo, y sólo la mar agitada.

ESCENA I.

FIESCO llega armado, y se detiene ante el palacio de Andrés Doria.—Después, ANDRÉS.

FIESCO.—El anciano ha cumplido su palabra... todas las luces del palacio están apagadas, y no hay centinelas. Voy á llamar. (Llama.) ¡Eh! ¡Hola! ¡Despierta, Doria! ¡Te hacen traición; te venden! ¡Doria! ¡Hola! ¡Hola! ¡Hola! ¡Despierta!

ANDRÉS. (Que se presenta en el balcón.)—¿Quién ha llamado?

FIESCO. (Desfigurando la voz.)—¡No lo preguntes! ¡Obedéceme! ¡Tu estrella te abandona, Duque! ¡Génova se subleva contra tí! ¿Tus verdugos se acercan, y puedes dormir, Andrés?

ANDRÉS. (Con dignidad.)—Recuerdo, que, cuando la mar combatía mi navío, y crujía la quilla, y se rompía el palo mayor... Andrés Doria dormía profundamente... ¿Quién envía esos verdugos?

FIESCO.—Un hombre más terrible que el alborotado mar, Juan Luis Fiesco.

ANDRÉS. (Sonriéndose.)—Deliras, buen amigo. Guarda tus bromas para después, cuando llegue el día. La hora de la media noche no es la más á propósito para ellas.

FIESCO.—¿Te mofas de tu salvador?

ANDRÉS.—Se lo agradezco, y me voy á dormir. Fiesco descansa, después de haberse entregado á la crápula, y no tiene tiempo para acordarse de Doria.

FIESCO.—¿Anciano desventurado!... No te fies de esa serpiente... Siete colores relucen en sus escamas... te acercas á ella... y sus pliegues mortíferos te envolverán sin remedio. No has hecho caso de la delación de un traidor. No desprecies también el consejo de un amigo. En el patio de tu palacio hay un caballo ensillado. Huye mientras es tiempo. No te burles de la advertencia de un amigo.

ANDRÉS.—Fiesco piensa noblemente. Nunca lo he ofendido, y no me hará traición.

FIESCO.—Piensa noblemente, y te vende, y te ha dado pruebas de ambos extremos.

ANDRÉS.—Pero hay una guardia mía, que Fiesco no podrá nunca aniquilar, á no ser que lo obedezca algún querubín.

FIESCO. (Sardónicamente.)—Quisiera hablar á esa guardia, y darle una carta para el otro mundo.

ANDRÉS. (Con dignidad y grandeza.)—¿Burlón desdichado! ¿No sabes que Andrés Doria tiene ya ochenta años, y que Génova... es feliz? (Abandona el balcón.)

FIESCO. (Contemplándolo admirado.)—¿Debía yo derribar del poder á este hombre, antes de aprender á imitarlo! (Da algunos pasos pensativo.) ¡Bien! he rivalizado con él en magnanimidad... Estamos en paz, Andrés. Ahora, ¡destrucción, sigue tu camino! (Vase apresuradamente por una de las calles más lejanas... por todas partes suenan tambores. Combate reñido en la puerta de Santo Tomás. Salta la puerta, y se ve á lo lejos el mar, en donde están los navios iluminados con antorchas.)

ESCENA II.

GIANETTINO DORIA, envuelto en un manto escarlata;
LOMELINO, SIRVIENTES que los preceden con hachones, todos azorados.

GIANETTINO. (Que se detiene.)—¿Quién ha ordenado que se toque generala?

LOMELINO.—Desde las galeras han tirado un cañonazo.

GIANETTINO.—Los esclavos querrán romper sus cadenas. (Tiros en la puerta de Santo Tomás.)

LOMELINO.—¡Fuego allí!

GIANETTINO.—¡La puerta abierta! ¡Los centinelas en movimiento! (A los criados.) ¡Ponto, canalla! ¡Alumbrad, y al puerto! (Corren hacia la puerta.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, y BORGOÑINO, con los CONJURADOS que entran por la puerta de Santo Tomás.

BORGOÑINO.—Sebastián Lescaro es soldado valiente.

CENTURIÓN.—Ha combatido como un león antes de sucumbir.

GIANETTINO. (Que retrocede asustado.)—¿Qué oigo!... ¡Alto!

BORGOÑINO.—¿Quién está ahí con una antorcha?

LOMELINO.—¡Son enemigos, Príncipe! ¡Ocultaos hacia la izquierda!

BORGOÑINO. (Gritando con impetu.)—¿Quién está ahí con una antorcha?

CENTURIÓN.—;Deteneos! ;El santo y la seña!

GIANETTINO. (Sacando su espada con insolencia.)—;Sumisión y Doria!

BORGOÑINO. (Con rabia terrible.)—;Bandido de la República y violador de mi amada! (A los conjurados, precipitándose contra Gianettino.) ;Feliz encuentro, compañeros! Sus mismos demonios lo entregan. (Mátalo.)

GIANETTINO. (Que cae murmurando.)—;Asesino! ;asesino! ;asesino! ;Véngame, Lomelino!

LOMELINO Y LOS CRIADOS.—;Socorro! ;A los asesinos, á los asesinos!

CENTURIÓN. (Que grita.)—;Muerto está! ;Prended al Conde! (Prenden á Lomelino.)

LOMELINO. (Arrodillándose.)—Perdonadme la vida, y soy de los vuestros.

BORGOÑINO.—;Todavía respira ese monstruo? ;Que huya el cobarde! (Lomelino se escapa.)

CENTURIÓN.—;Nuestra es la puerta de Santo Tomás; Gianettino, un cadáver! Corred cuanto podáis, y decidlo á Fiesco.

GIANETTINO. (En las convulsiones de la agonía.)—;Maldición! ;Fiesco! (Muere.)

BORGOÑINO. (Retirando la espada de su cuerpo.)—Génova libre, y mi Berta también... ;Dáme tu espada, Centurión! Lleva esta llena de sangre á mi Berta. Ya se abrieron las puertas de su calabozo. Pronto la veré para darle el beso nupcial. (Vanse por distintas calles.)

ESCENA IV.

ANDRÉS DORIA, y los ALEMANES.

LOS ALEMANES.—El asalto es por allí. Montad á caballo.

ANDRÉS.—Dejadme que mire otra vez las torres y el cielo de Génova ;No; no es esto un sueño; han hecho traición á Andrés!

LOS ALEMANES.—;Enemigos por todas partes! ;Huid! ;Traspasad la frontera!

ANDRÉS. (Precipitándose sobre el cadáver de su sobrino.)—;Quiero morir aquí! ;Que nadie me hable de huir! Terminó ya mi carrera. (Calcaño aparece á lo lejos con los conjurados.)

LOS ALEMANES.—;Ahí están los asesinos! ;Los asesinos! ;Huid, anciano Principe!

ANDRÉS. (Al sonar de nuevo los tambores.)—;Oid, extranjeros! ;Oid! Son Genoveses, cuyo yugo he roto yo. (Tapándose el rostro.) ;Así se paga este servicio en vuestro país?

LOS ALEMANES.—;Fuera, fuera, fuera! Aprovechad estos momentos, mientras sus aceros se ensañan en nuestros huesos alemanes. (Calcaño se acerca.)

ANDRÉS.—;Salvaos! ;Dejadme! Asombrad á las naciones con esta nueva espantosa: los Genoveses han matado á su padre...

LOS ALEMANES.—;Un asesinato! Para combatir hay tiempo todavía... ;Compañeros! ;Firme! ;Colocad en medio al Duque! (Se forman así.) ;Enseñad á latigazos á estos perros italianos á respetar las canas!...

CALCAÑO. (Acudiendo.)—;Quién va? ;Qué sucede?

LOS ALEMANES. (Abriéndose paso con las armas.)—Los soldados alemanes. (Vanse peleando; llevense el cadáver de Gianettino.)

ESCENA V.

LEONOR, disfrazada de hombre: ARABELA, detrás de ella; ambas se acecan sigilosamente y con miedo.

ARABELA.—¡Venid, señora! ¡oh! ¡venid!...

LEONOR.—¡Ahí fuera estalla con furor la rebelión. ¡Escucha!... ¿No has oído el lamento de un moribundo?... ¡Ay de mí! ¡rodéalo por todas partes!... Los cañones de sus armas homicidas apuntan al corazón de Fiesco... ¡al mío, Arabela!... lo hieren... ¡detenos! ¡Es mi esposo! (Levantando sus brazos hacia el cielo.)

ARABELA.—Pero ¡por Dios Santo!...

LEONOR. (Cada vez más delirante, gritando en todas direcciones.)—¡Fiesco... ¡Fiesco!... ¡Fiesco!... ¡Sus partidarios ceden... su fe vacila!... (Horrorizada.) ¡Mi esposo mandando á los rebeldes? ¡Arabela! ¡Cielos! Mi Fiesco combate en favor de la rebelión.

ARABELA.—¡No, señora! como árbitro temible de Génova.

LEONOR. (Con atención.)—Algo significaría ya esto... ¿y Leonor habrá temblado? La más cobarde republicana ¿habrá de abrazar al republicano más valeroso?... Mira, Arabela, cuando los hombres pelean por el poder, las mujeres han de tener ánimo. (Suena de nuevo el tambor.) Voy á precipitarme entre los combatientes.

ARABELA. (Juntando las manos.)—¡Señor misericordioso!

LEONOR.—Poco á poco. ¿Con qué objeto ha tropezado mi pie? Hay aquí en tierra un sombrero y una capa. Junto yace una espada. (La coge.) Pesada es, en verdad, Arabela mía; pero puedo arrastrarla, y no será deshonrada por quien la lleva. (Suena el toque del rebato.)

ARABELA.—¿Oís, oís? Es la torre de los Dominicanos. ¡Dios tenga misericordia de nosotros! ¡Qué horrible toque!

LEONOR. (Con entusiasmo.)—Di más bien que llena de alegría. Por medio de este toque habla con Génova mi Fiesco. (Los tambores redoblan.) ¡Viva, viva! El sonido de las flautas no es tan grato para mí... También Fiesco anima á esos tambores. ¡Cómo se exalta mi corazón! Génova entera se despierta... ¡Mercenarios lo obedecen, y temblará su esposa? (El toque de rebato suena en otras tres torres.) ¡No! ¡Una heroína abrazará á mi héroe!... una Romana á mi Bruto. (Pónese el sombrero y la capa.) ¡Yo soy Porcia!

ARABELA.—Ignoráis, señora, cuán horrible es vuestro entusiasmo. ¡Si, lo ignoráis! (Suena campanas y tambores.)

LEONOR.—Eres una desdichada, si oyes todo esto y no te entusiasmas. Hasta las piedras lloran, porque no pueden seguir corriendo á mi Fiesco... Estos palacios se rebelan contra sus dueños, al verse clavados en tierra, y no salir á su encuentro... Esas riberas, si pudiesen, faltando á su deber, entregarían á Génova á la mar, y bailarían al compás de los tambores... ¿No despertará tu valor siquiera lo que arranca de la muerte á lo inanimado? ¡Véte! Yo sé cuál es mi camino.

ARABELA.—¡Gran Dios! ¡Pero no os dejaréis arrastrar de tales caprichos!

LEONOR. (Con orgullo y heroísmo.)—¡Tal es mi propósito, necia! (Con calor.) En donde sea mayor el tumulto, en donde mi Fiesco combata en persona... ¿Es ése Lavaña, oigo yo preguntar, á quien nadie puede vencer, que sostiene á Génova en su mano de hierro? ¿Es ése Lavaña?... ¡Genoveses! responderé yo, así es, y es mi esposo, y yo recibiré también mi herida. (Sacco, con los Conjurados.)

SACCO. (Gritando.)—¿Quién va allá? ¿Doria, ó Fiesco?

LEONOR. (Con entusiasmo.)—¡Fiesco y libertad! (Vase por una calle; carreras; Arabela es separada de ella.)

ESCENA VI.

SACCO, con un pelotón de soldados; CALCAÑO, que llega con otro.

CALCAÑO.—Andrés Doria ha huido.

SACCO.—La peor recomendación que puedes tener con Fiesco.

CALCAÑO.—Esos osos alemanes lo defendían como rocas. Ni aun he logrado ver su rostro. Nueve de los nuestros han muerto, y yo mismo he sido herido en la oreja izquierda. Si así pelean por un tirano extranjero, ¡diablo! ¿cómo defenderán á sus Principes naturales?

SACCO.—Tenemos ya un partido poderoso, y todas las puertas son nuestras.

CALCAÑO.—En la fortaleza, según me dicen, se combate con vigor.

SACCO.—Allí está Borgoñino. ¿Qué hace Verrina?

CALCAÑO.—Hállase entre Génova y la mar, como el Cerbero del infierno, y ni una auchoa pasara por allí.

SACCO.—Voy á tocar á rebato en el arrabal.

CALCAÑO.—Y yo á la plaza Larzana. ¡Toca, tambor! (vanse, tocando el tambor.)

ESCENA VII.

EL MORO y LADRONES, con mechas encendidas.

EL MORO.—Sabed, bribones, que yo he sido el hombre, que ha hecho la sopa... y no me dan ni cuchara. ¡Bien! La caza me agrada. ¡A incendiar y á robar! Los de allá abajo pelean por un ducado, y nosotros prenderemos fuego á las iglesias, para dar calor á esos apóstoles helados. (Penetran en las casas inmediatas.)

ESCENA VIII.

BORGOÑINO y BERTA, disfrazada.

BORGOÑINO.—Descansa aquí, tierno joven. ¡Estás seguro! ¿Te han herido?

BERTA. (Disfrazando la voz.)—No.

BORGOÑINO. (Con animación.)—¡Entonces, vamos! Quiero llevarte á donde se cosechan heridas por Génova... ¿Te agrada? Como éstas. (Dale el brazo.)

BERTA. (Retrocediendo.)—¡Oh cielos!

BORGOÑINO.—¿Te asustas? ¡Joven delicado, harto pronto te has creído hombre!... ¿Qué edad tienes?

BERTA.—Quince años.

BORGOÑINO.—¡Malo! Para esta noche necesitabas cinco más. ¿Quién es tu padre?

BERTA.—El mejor ciudadano de Génova.

BORGOÑINO.—¡Poco á poco, muchacho! No hay más qu

uno, y su hija es mi prometida. ¿Has oído hablar de Verrina?

BERTA.—En eso pensaba.

BORGONINO. (Con viveza.)—¿Y conoces á su encantadora hija?

BERTA.—Llámase Berta.

BORGONINO. (Con entusiasmo.)—Vé, pues, allá, y dale esta sortija. Dile que vale lo que un anillo nupcial, y que el viejo tronco se mantiene vigoroso. ¡Ahora, adiós! Pronto iré allá. El peligro no ha desaparecido aún. (Arden algunas casas.)

BERTA. (Llamándolo en voz baja.)—¡Escipión!

BORGONINO. (Sorprendido.)—¡Por mi espada! Yo conozco esta voz.

BERTA. (Abrazándolo.)—¡Por mi corazón! Bien conocida soy aquí.

BORGONINO. (En voz alta.)—¡Berta! (Voces en el arrabal, tanto; ambos se confunden en un estrecho abrazo.)

ESCENA IX.

FIESCO, que se adelanta precipitadamente; CIBO, y acompañamiento.

FIESCO.—¿Quién ha incendiado eso?

CIBO.—La ciudadela ha sido tomada.

FIESCO.—¿Quién ha incendiado eso?

CIBO. (A los demás.)—¡Que las patrullas persigan á los culpables! (Vanse algunos.)

FIESCO. (Colérico.)—¿Queréis que yo sea también asesino é incendiario? Traed pronto bombas y cubos. (Vase el resto.) Pero ¿han preso á Gianettino?

CIBO. Así dicen

FIESCO. (Furioso.)—¿Sólo se dice? ¿Quién lo dice? Cibo, por vuestro honor, ¿se ha escapado acaso?

CIBO. (Pensativo.) Si doy más crédito á mis ojos que á la relación de un noble, Gianettino vive todavía.

FIESCO. (Con ira.)—¡Exponéis vuestra cabeza, Cibo!

CIBO.—Lo que sé... es que no hace cinco minutos lo he visto dar vueltas por ahí con un penacho amarillo y un manto escarlata.

FIESCO. (Fuera de sí.)—¡Cielo é Infierno!... ¡Cibo!... he de mandar que corten el cuello á Borgonino. ¡Corred, Cibo!... ¡que cierren todas las puertas de la ciudad!... ¡que se inutilicen todas las falúas... para que no se escape por mar!... este diamante, Cibo, el de más valor en Génova, Lucea, Venecia y Pisa... para el primero que me diga: Gianettino ha muerto... (Vase Cibo corriendo.) ¡Corred, Cibo!

ESCENA X.

FIESCO, SACCO, EL MORO, Y SOLDADOS.

SACCO.—Encontramos al moro arrojando una tea incendiaria en la iglesia de los Jesuitas...

FIESCO.—No hice caso alguno de tu traición, porque se trataba sólo de mí. La cuerda es para el asesino y el incendiario. Llévalo de seguida, y colgado en la puerta de la iglesia.

EL MORO.—No, no, no. Esto me coge desprevenido... ¿En nada se podrá rebajar la pena?

FIESCO.—En nada.

EL MORO. (Confiado.)—Enviadme á las galeras como prueba.

FIESCO. (A los demás.)—¡A la horca!

EL MORO. (Con insolencia.)—¡Bien! Yo quiero hacerme cristiano.

FIESCO.—La Iglesia no se cuida de los desperdicios del paganismo.

EL MORO. (Adulando.)—Por lo menos, despachadme á la eternidad borracho.

FIESCO.—En ayunas.

EL MORO.—Pero no me ahorquéis en una iglesia cristiana.

FIESCO.—Todo caballero ha de cumplir su palabra. A tí sólo he prometido la horca.

SACCO. (De mal humor.)—¡Basta ya de charla, infiel! Mucho queda todavía.

EL MORO.—Sin embargo... es posible... que la cuerda se rompa.

FIESCO. (A Sacco.)—Ponedla doblada.

EL MORO. (Resignado.)—¡Sea así, pues!... y que el diablo se prepare á recibirme cuando menos lo pensaba. (Vase con los soldados, que lo ahorcan á lo lejos.)

ESCENA XI.

FIESCO, y luego LEONOR, con el manto de escarlata de GIANETTINO.

FIESCO. (Que la observa, da algunos pasos, retrocede, y murmura colérico.)—¿No conozco yo ese penacho y ese manto? (Acercándose iracundo.) ¡Conozco el penacho y el manto! Con rabia, precipitándose sobre ella, y matándola.) ¡Si tienes tres vidas, quédate en pie y anda! (Leonor cae dando un grito, se oye una marcha triunfal y suenan tambores, cornetas y clarines.)

ESCENA XII.

FIESCO, CALCAÑO, SACCO, CENTURIÓN, CIBO, Y SOLDADOS, con música y banderas.

FIESCO. (Saliendo triunfante á su encuentro.) ¡Genoveses!... la suerte se ha echado... aquí yace el gusano roedor de mi alma... el horrible objeto de mi odio. Levantad en alto vuestras espadas. ¡Gianettino!

CALCAÑO.—Y yo vengo á deciros que dos terceras partes de Génova se declaran en vuestro favor, y juran obediencia á la bandera de Fiesco.

CIBO.—Y á mí me envía Verrina á saludaros desde el navío almirante, y anunciaros que el puerto y la mar son nuestros.

CENTURIÓN.—Y por mi conducto el Gobernador de la ciudad os remite su bastón de mando y las llaves...

SACCO.—Los dos Consejos de Génova, el superior y el inferior (Arrodillándose.) y yo, en representación suya, nos prosternamos ante nuestro señor, é imploramos humildemente su clemencia y su benignidad...

CALCAÑO.—Dejadme que sea yo el primero que felicite al gran triunfador dentro del recinto de sus murallas... ¡salud á vosotros!... ¡humillad los estandartes... ante el Duque de Génova!

TODOS.—(Descubriéndose.) ¡Viva, viva el Duque de Génova! (Marcha triunfal: Fiesco, mientras tanto, se ha quedado pensativo, caida la cabeza sobre el pecho.)

CALCAÑO.—El Pueblo y el Senado están reunidos esperando á su Soberano, para felicitarlo, revestido de todas las insignias de su cargo... Permitidnos, Serenísimo Duque, llevaros en triunfo al palacio de la Señoría.

FIESCO.—Acceded á que yo satisfaga antes la primera necesidad de mi corazón. Dejé á una persona, que me es cara, llena de inquietud, y es justamente la que ha de compartir conmigo la gloria de esta noche. (Convidando á cuantos lo rodean.) Tened la bondad de acompañarme en busca de vuestra amable Duquesa. (Hace ademán de irse.)

CALCAÑO.—¿Abandonamos aquí el cadáver de este mundo asesino, y ocultamos su oprobio en ese rincón?

CENTURIÓN.—Clavad su cabeza en una alabarda!

CIBO.—Que sus miembros destrozados sean esparcidos por el suelo. (Alumbran el cadáver.)

CALCAÑO. (Asustado y en voz baja.) ¡Mirad, Genoveses! ¡Por Dios, no es Gianettino! (Todos contemplan atónitos el cadáver.)

FIESCO. (Que se queda inmóvil, mira con ahínco oblicuamente, se detiene, y retrocede convulso.) ¡No, diablo!... ¡No, este rostro no es el de Gianettino; no, condenación eterna! (Haciendo girar sus ojos en todos sentidos.) ¿Dije que Génova era mía? ¿Mía? ¡Es mi esposa! (Cae en tierra como herido de un rayo; los conjurados se agrupan á su alrededor guardando profundo silencio; Fiesco se levanta desanimado, y prosigue con voz sorda.) ¿He matado á mi mujer, Genoveses?... Os suplico que no contempléis, pálidos como espectros, este juego de la naturaleza... ¡Alabado sea Dios! Hay desdichas que no puede temer el hombre, sólo porque lo es. Aquel, á quien se niegan las alegrías del paraíso, no puede ser condenado á sufrir los tormentos del Infierno. Este yerro sería peor aún. (Con horrible calma) ¡Genoveses, gracias á Dios, eso no puede ser!

ESCENAXIII.

LOS MISMOS, Y ARABELA, que llega lamentándose.

ARABELA.—¿Que me maten, si quieren! ¿Qué he de perder ya?... ¡Por piedad!... Aquí me separé de mi señora, y no la he vuelto á encontrar.

FIESCO. (Acercándose á ella, con voz sorda y temblorosa. —) ¿Se llama Leonor tu señora?

ARABELA. (Alegre.) — ¡Ah! ¿Sois vos, mi querido, mi bondadoso, mi excelente señor?... No os irritéis contra nosotros, porque no podíamos ya contenernos.

FIESCO. (Con rabia.) — ¿En qué, mujer odiosa?

ARABELA.—En correr detrás de...

FIESCO. (Con más ira.) — ¿De qué? ¡Calla!

ARABELA.—A la pelea...

FIESCO. (Furioso. —) ¿Que no fuera tu lengua la de un codrilo!... ¿Sus vestidos...?

ARABELA.—Un manto de escarlata...

FIESCO. (Sacudiéndola desatentado.) — ¡Véte á lo más profundo de los infiernos!... ¿El manto?

ARABELA.—Estaba aquí en el suelo...

ALGUNOS CONJURADOS. (Que murmuran.) — Aquí murió Gianettino.

FIESCO. (Vacilando y pálido, á Arabela.) — Se ha encontrado á tu señora. (Arabela se va inquieta; Fiesco mira á su alrededor con ojos extraviados; después con voz temblona y sorda, que se va elevando poco á poco hasta el furor.) Es verdad... verdad... y yo, miserable instrumento de una maldad infinita. (Con ademanes convulsivos) ¡Retiraos, rostros humanos! (Rechinando los dientes, y alzando los ojos al cielo) ¡Ah! ¡Si yo tuviese

el mundo entre mis dientes!... Me siento inclinado á desgarrar la naturaleza entera de un modo horrible, hasta que se ponga de acuerdo con mi dolor (A los demás que lo rodean temblando: el linaje humano...; ¡vedlo ahí, lleno de compasión, que se regocija y felicita de no ser como yo!... ¡no como yo! (Recayendo de nuevo en su convulsión.) ¡Yo sólo merezco la muerte! (Con más brío y furor.) ¡Por qué sólo yo? ¡Por qué no ellos también conmigo? ¡Por qué no he de acallar mi dolor en el dolor de mis semejantes?

CALCAÑO. (Con timidez.)—Mi querido Duque...

FIESCO. Dirigiéndose á él con horrible alegría.)—¡Ah! ¡Bien venido seas! ¡Gracias á Dios! ¡He aquí uno, destrozado también por el rayo! (Estrechándolo con furor entre sus brazos.) ¡Hermano en mi dolor, sé el bien venido en mi última sentencia! ¡Ella ha muerto; tú la amaste también! (Lo lleva á la fuerza hacia el cadáver, y lo obliga á bajar la cabeza.) ¡Desespérate! ¡está muerta! (Murmurando oblicuamente, con ojos extraviados.) ¡Ah! ¡si yo pudiera verme junto á la puerta de mi condenación! ¡Si mis ojos pudieran contemplar las varias torturas de la mansión infernal, tan rica en ellas! ¡Si mis oídos pudieran escuchar los lamentos de los réprobos!... Si yo lo presenciara, acaso pudiera sufrir mi tormento (Acércase al cadáver temblando.) Mi esposa yace aquí ¡asesinada!... ¡No, no digo lo que debo! (Con más expresión.) ¡Yo soy el criminal, que ha asesinado á su misma esposa!... ¡Oh! ¡Y esto apenas puede preocupar al infierno!... Primero me arrastra traídoramente á la más alta y brillante cima de la alegría, y me entretiene en los umbrales del cielo... y después, en seguida... después... ¡oh! si mi aliento infundiera la peste en las almas... luego... luego asesino á mi misma esposa... ¡No! ¡Su maldad es más refinada aún...! luego (Con expresión horrorosa.) mis ojos se engañan, y (Con tremenda desesperación.) y yo... asesino... á mi misma esposa... (Con risa sardónica.) ¡He aquí un golpe maes-

tro! (Todos los conjurados se apoyan conmovidos en sus armas; algunos se enjugan las lágrimas; pausa; Fiesco, desmayado, y con más calma, mirando á su derredor.) ¡Llora alguien aquí?... ¡Sí, por Dios santo, lloran los que han degollado á un Principe! (Con más tranquila ternura.) ¡Hablad! ¡Deploráis este crimen de alta traición de la muerte, ó la triste decadencia de mi ánimo? (Aproximándose al cadáver, con seriedad y tranquila emoción.) La desesperación de Fiesco tan sólo sabe preferir maldiciones, mientras que asesinos de corazón de mármol derramarían copiosas lágrimas (La abraza llorando.) ¡Perdóname, Leonor! El arrepentimiento no irrita al cielo. (Con dolor y ternura.) Años hace, oh Leonor, que yo me deleitaba imaginando el feliz momento en que presentaría á los Genoveses su Duquesa... ¡Cuán seductoras eran para mí tus mejillas, teñidas de rubor! ¡Cuán regiamente latía tu corazón bajo sus encajes de plata! ¡qué grata tu voz, ininteligible acaso por la emoción! (Con más fuego.) ¡Ah! ¡Cuán lisonjeras llegaban hasta mis oídos las aclamaciones solemnes del pueblo; cómo el triunfo de mi amor abrumaba á la envidia impotente!... ¡Leonor!... llegó esa hora deseada... tu Fiesco es Duque de Génova... y el mendigo más despreciable de esta ciudad no trocaría su miseria por mi púrpura y mi tormento... (Más conmovido.) Una esposa puede compartir su desgracia... ¿con cuál comparto yo mi felicidad? (Llora amargamente, y oculta su rostro en el cadáver; todos se conmueven.)

CALCAÑO.—Era una señora incomparable.

CIBO.—Convendría ocultar al pueblo esta tragedia. Desanimará á nuestros amigos, y alentaré á nuestros adversarios.

FIESCO. Que se levanta con brío y firmeza.)—¡Oid, Genoveses!... La Providencia, cuyos designios comprendo, me hiere con este golpe para aquilatar la grandeza de mi corazón... la prueba era arriesgada... ahora no temo ya ni á

la desdicha ni á la prosperidad. ¡Venid! ¿Decís que me espera Génova?... Quiero dar un Príncipe á Génova, sin igual en toda Europa... ¡Venid!... haré tales exequias á esta mísera Princesa, que la vida perderá sus adoradores, y la muerte brillará como una recién desposada... Seguid ahora á vuestro Duque. (Vanse todos al son de una marcha triunfal.)

ESCENA XIV.

ANDRÉS DORIA y LOMELINO

ANDRÉS.—¡Dan vítores allí!

LOMELINO.—Su fortuna los ha embriagado. Las puertas están abandonadas, y todos se encaminan en tropel hacia el palacio de la Señoría.

ANDRÉS.—Sólo en mi sobrino se ha ensañado la desgracia. Ha muerto. Oid, Lomelino...

LOMELINO.—¿Cómo? ¿Todavía? ¿Todavía abrigáis esperanzas, Duque?

ANDRÉS. (Con solemnidad.)—Tiembla por tu vida, ya que me llamas Duque burlándote, como si nada debiera aguardar.

LOMELINO.—¡Serenísimo Señor!... una nación Wena de entusiasmo yace en la balanza de Fiesco... en la vuestra ¿qué hay?

ANDRÉS. (Con grandeza y convicción.)—¡El cielo!

LOMELINO. (Encogiéndose de hombros con desprecio.)—Desde que se ha inventado la pólvora, los ángeles no pelean ya como antes.

ANDRÉS.—¡Bufón despreciable, que quiere arrebatar su Dios á un anciano desesperado! (Con seriedad y con imperio.) Vé, y publica que Andrés vive todavía... Dí que Andrés ruega á sus hijos, que no lo destierren al extranjero á los

ochenta años, porque los no Genoveses no le perdonarán jamás que á él se deba la prosperidad de su patria. Diles que Andrés pide solo á sus hijos que le concedan el terreno necesario para sepultar sus huesos.

LOMELINO.—Obedezco, pero nada espero. (Quiere irse.)

ANDRÉS.—¡Escucha! Toma este rizo de cabellos blancos... Era el último, dirás, de mi cabeza, y se separó de ella la tercera noche de enero, cuando Génova fué arrancada de mi corazón á los ochenta años de mi edad...; y aunque á los ochenta años parezca poco fuerte ese rizo de mi despoblada cabellera, bastará, sin embargo, para anudar la púrpura de ese joven ligero. (Vase tapándose el rostro; Lomelino se aleja por una calle opuesta; oyense gritos de tumultuosa alegría, timbales y trompetas.)

ESCENA XV.

VERRINA, desde el puerto; BERTA y BORGOÑINO.

VERRINA.—Vitorean por ahí. ¿A quién aclaman?

BORGOÑINO.—Aclaman á Fiesco, Duque de Génova.

BERTA. (Acercándose inquieta á Borgoñino.)—¡Mi padre es terrible, Escipión!

VERRINA.—¡Dejadme sólo, hijos!... ¡Oh Génova, Génova!

BORGOÑINO.—El pueblo, lleno de júbilo, lo ensalza y pide para él la púrpura. La nobleza lo observa con horror, y no se atreve á oponerse.

VERRINA.—Hijo mío, cuanto yo poseía, convertido en oro, está depositado en tu buque. Llévate á tu esposa, y hazle á la vela sin tardanza. Quizá os seguiré; quizá... no. Navegad hacia Marsella, y (añigido y abrazándolos estrechamente.) ¡Dios os guíe! (Vase corriendo.)

BERTA. — ¡Por Dios Santo! ¿Qué propósito abriga mi padre?

BORGOÑINO. — ¿Lo entiendes acaso?

BERTA. — ¿Huir, oh Dios, huir la noche de bodas?

BORGOÑINO. — Lo ha dicho... y le obedeceremos. (Vanse ambos hacia al puerto.)

ESCENA XVI.

VERRINA, y FIESCO con las insignias de Duque; ambos se encuentran.

FIESCO. — ¡Verrina! Llegas en la mejor ocasión, porque te buscaba.

VERRINA. — Buscábate yo también.

FIESCO. — ¿No observa Verrina mudanza alguna en su amigo?

VERRINA. (Retrocediendo.) — No la deseo tampoco.

FIESCO. — ¿Pero no notas ninguna?

VERRINA. (Sin mirarlo.) No lo espero.

FIESCO. — ¿Ninguna encuentras?

VERRINA. (Mirando con rapidez.) — ¡Ninguna!

FIESCO. — Comprenderás entonces que el poder no forma los tiranos. Desde que nos separamos, yo he llegado á ser Duque de Génova, y (Estrechándolo contra su pecho.) Verrina encuentra de nuevo mis abrazos, tan cordiales como antes.

VERRINA. — Tanto más de sentir es que yo corresponda con frialdad á ellos; el aspecto de la Majestad soberana se interpone como afilada cuchilla entre Verrina y el Duque. Juan Luis Fiesco poseía en mi corazón dilatados dominios... ahora... ha conquistado á Génova, y yo me quedo con lo mío.

FIESCO. — ¡No lo permita Dios! Sería pagar un ducado por un precio exorbitante.

VERRINA. (Que murmura con voz sorda.) — ¡Ya! ¿Tan contraria á la moda es la libertad, que se abandona al primer advenedizo la mejor de las repúblicas por una cantidad despreciable?

FIESCO. (Mordiéndose los labios.) — No digas eso más que á Fiesco.

VERRINA. — ¿Es natural! Sólo á un hombre superior se puede decir la verdad sin abofetearlo... Pero es lástima que un jugador consumado se engañe únicamente en una carta. La envidia entraba como elemento principal en sus cálculos, y á pesar de su sagacidad refinada, prescindía de los patriotas por su desgracia. (Con mucha intención.) El opresor de la libertad ¿ha hallado también el medio de poner un freno á la virtud romana? Yo juro por Dios eterno que la posteridad, antes que recoger mis huesos del cementerio de un Ducado, los juntará en la rueda del tormento.

FIESCO. (Cogiéndole la mano dulcemente.) — ¿Ni aun siendo el Duque tu hermano? ¿Y si su ducado es el tesoro de su caridad, hasta ahora mendigada de puerta en puerta? ¿Tampoco entonces, Verrina?

VERRINA. — Tampoco entonces... el robo ofrecido á otros no ha salvado de la horca á ningún ladrón. Además, esa generosidad nada influye en Verrina. Concedería á uno de mis conciudadanos que me hiciera el bien... porque yo podría rivalizar con él en bondad. Los dones de un Príncipe son gracias... y yo sólo á Dios las pido.

FIESCO. (Con amargura.) — Más fácil me sería arrancar á Italia del Atlántico que sus opiniones á este hombre tan obstinado.

VERRINA. — Y eso que no eres de los más torpes en tal manejo, porque has sabido sustraer el cordero de la república de las garras del lobo Doria... para devorarlo tú...

Pero, ¡basta ya! Dime de paso, oh Duque, qué crimen ha cometido ese pobre diablo, á quien has mandado ahorcar en la iglesia de los Jesuitas.

FIESCO.—Esa canalla estaba incendiando á Génova.

VERRINA.—¿Pero la ley no rige con la canalla?

FIESCO.—Verrina prescinde de mi amistad.

VERRINA.—¡Lejos de mí la amistad! Dígame que ya no eres mi amigo. Te juro que te odio... como á la serpiente del paraíso, que ha infiltrado esa falsedad en todo lo creado, y destila sangre al cabo de cinco mil años... Oye, Fiesco... no como un súbdito á un soberano... ni como un amigo á un amigo... te hablo como un hombre á otro hombre. (Con ira y firmeza.) Tú has ofendido la majestad del verdadero Dios, empleando el auxilio de la virtud en tu obra criminal, y á los patriotas de Génova en prostituir á su patria... Fiesco, si yo hubiese sido bastante estúpido para no ver que eras un bribón, entonces, oh Fiesco, ¡por todos los horrores de la eternidad! de mis propias entrañas hubiese fabricado una cuerda para ahorcarme, para que al huir mi alma te lanzase su espuma venenosa. Esta regia maldad pesará con exceso en la balanza de oro de los pecados humanos; pero tú te has reído del cielo, y llevado el litigio ante la justicia mundanal. (Fiesco se queda atónito, callado y mirándolo.) No intentes responderme, porque hemos concluido. (Después de dar algunos pasos.) Duque de Génova, en los buques del tirano de ayer he conocido unas criaturas miserables, que espían sus antiguas faltas á cada golpe de remo, y derraman sus lágrimas en el Océano, el cual, como un hombre poderoso, no se ocupa en contarlas... Un buen Príncipe inaugura su reinado con la clemencia. ¿Te resuelves, pues, á librar á los esclavos de las galeras?

FIESCO. (Con intención.)—Que sean, pues, los primeros que experimenten los rigores de mi tiranía... ¡Vé y anuncia á todos su libertad!

VERRINA.—Sólo á medias harás las cosas, si no eres testigo de su alegría. Pruébalo, y ven en persona. Los potentados presencian raras veces el mal que causan; ¡han de alejarse asimismo del bien que hacen?... Yo creía que el Duque no era demasiado grande para asistir al goce del pordiosero.

FIESCO.—Eres un hombre terrible; pero no sé por qué me veo forzado á seguirte. (Encaminándose ambos hacia la mar.)

VERRINA. (Que se detiene triste.)—¡Pero abrázame otra vez, Fiesco! Nadie hay aquí, que vea llorar á Verrina, y enternecerse por un Príncipe (Lo abraza estrechamente.) Jamás han latido juntos dos corazones más grandes; ¡nos amábamos tan fraternal y ardientemente!... (Llorando en los brazos de Fiesco.) ¡Fiesco, Fiesco! tú dejas un lugar vacío en mi pecho, que la humanidad entera, triplicada, no podrá llenar.

FIESCO. (Muy conmovido.)—Sé... mi amigo.

VERRINA.—Despójate de esa púrpura odiosa, y lo soy... El primer príncipe fué un asesino, y se vistió de púrpura para ocultar, bajo ese color sangriento, las manchas de su delito. Oye, Fiesco... yo soy un soldado, y entiendo poco de lágrimas... ¡Fiesco! estas son las primeras que vierto... ¡despójate de esa púrpura!

FIESCO.—¡Calla!

VERRINA. (Con más animación.)—Fiesco... Si me ofreciesen por una parte todas las coronas de la tierra, y por la otra todos los tormentos imaginables, no me arrodillaría ante ningún mortal... ¡jamás me arrodillaré, Fiesco! (Arrodillándose.) ¡Despójate de esa púrpura!

FIESCO.—¡Levántate y no me irrites más!

VERRINA. (Con resolución.)—Ya me levanto, y no te molesto más. (Llegan á una tabla, que lleva á una galera.) El Príncipe pasará primero. (Los dos andan por la tabla.)

FIESCO.—¿Por qué me tiras así del manto?... ¡se caerá!

VERRINA. (Con risa horrible.)—Sí; cuando la púrpura cae, el Duque ha de seguirla. (Lo precipita en la mar.)

FIESCO. (Gritando en las olas.) ¡Socorro, Génova, socorro! ¡Socorro á tu Duque! (Desaparece.)

ESCENA XV.

CALCAÑO, SACCO, CIBO, CENTURION, CONJURADOS,
PUEBLO, todos corriendo.

CALCAÑO. (Gritando.) ¡Fiesco, Fiesco! ¡Andrés ha vuelto, y la mitad de Génova lo aclama de nuevo! ¿En dónde está Fiesco?

VERRINA. (Con voz firme.) ¡Ahogado!

CENTURION.—¿Es el infierno quien responde, ó una casa entera de locos?

VERRINA.—Anegado, si lo preferís... Voy á buscar á Andrés. (Todos se quedan atónitos, y cae el telón.)

FIN DE LA CONJURACIÓN DE FIESCO.

INTRIGA Y AMOR